

CASA GENERALIZIA - SALESIANI DON BOSCO

Via della Pisana, 1111 - 00163 Roma



Roma, 21 de diciembre de 1972

Amadísimos hermanos:

Por los diversos medios de información os habrá llegado ya la dolorosa noticia de que el 21 de octubre p.p., con la serenidad del justo que vive de la fe, terminaba su larga y laboriosa jornada en este mundo un grande y muy querido Hermano nuestro:

S. E.
Mons.
Marcelino
Olaechea

Arzobispo dimisionario
de Valencia (España)



Pocos días antes de su muerte, refiriéndose a la inminencia de su fin, dijo a uno de los que durante años vivieron en su compañía: "El Señor les manifiesta a los suyos la hora de su partida; hablo en serio: me moriré uno de estos días". Y algo después, medió en broma, añadía: "No sé cómo se las va a ver y desear el Señor porque yo me muero, pero no tengo enfermedad alguna. El saldrá airoso de su empeño y compromiso". Ver cómo se acerca la muerte y sonreírle es una actitud que demuestra una vida toda tendida hacia la visión de Cristo Resucitado.

Tuve ocasión de conocerlo allá por los años cincuenta en Valencia y, a partir de entonces, entré muchas veces en contacto con él. Pero ya desde nuestros primeros encuentros tuve muy clara la impresión de hallarme ante un salesiano de un temple y una altura extraordinarios, ante un hombre de quien, como de Saúl, se podría decir que “de los hombros arriba aventajaba a todos los de su pueblo”. (1 Sam. 9, 2)

No creo ceder a un sentimiento facilón afirmando que ninguno de cuantos lo conocieron encontrará exagerado aplicar a este gran hijo de Don Bosco las palabras con que las nuevas Constituciones se refieren a nuestro Padre: una “espléndida armonía entre naturaleza y gracia: profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo...” (art. 49).

Nació el 9 de enero de 1889 en Baracaldo (Vizcaya-España). Era hijo de una modesta familia obrera, en cuyo seno creció con serenidad y apertura de horizontes. Era un niño todavía cuando entró en la casa de Don Bosco, en donde, merced a un santo contagio en esos ideales de amor y entrega a los jóvenes y a la gente humilde que vió encarnados en sus educadores, sintiose atraído por nuestra vida. A los dieciséis años, era ya un salesiano decidido, íntegro, jovial.

Dotado como estaba de una inteligencia viva y brillante y de una voluntad notablemente tenaz y entusiasta, venció con un estudio empeñoso ciertos problemas de salud que lo aquejaron desde la juventud hasta la vejez y que sirvieron para purificar su espíritu y para moderar su fogosidad natural. De este modo logró una vasta cultura tanto profana como eclesiástica.

Una vez ordenado sacerdote —precisamente por estas fechas hubiera celebrado sus bodas de diamante sacerdotales— se lanzó con ardor a la actividad salesiana, impulsado por el amor de Cristo y por un temperamento que bien podría definirse como naturalmente salesiano. Uno de los alumnos que tuvo en sus primeros tiempos de sacerdote nos lo rescribe con estos trazos: “Don Marcelino fue mi consejero, profesor y padre... Nuestra vocación surgió naturalísima sólo de ver a hombres como Don Marcelino encarnando los más altos ideales humano-divinos, y todas las cualidades humanas, incluyendo las atléticas, porque había que ver la velocidad en la carrera de aquellas torres juveniles que se llamaban Don José Lasaga y Don Marcelino Olaechea, lanzadas sobre los campos de juego...”.

Durante sus veinte años de superior, supo mostrarse afectuoso sin dejar de ser el guía que empuja hacia adelante. Con la vivacidad y el dinamismo de su acción más que con la palabra, animaba, sacudía y entusiasmaba para crear un clima de piedad, de trabajo, de alegría, de espíritu apostólico y misionero, primero en las Casas y, más tarde, en las dos Inspectorías, —la Tarraconense y la Céltica de entonces— que tuvo que gobernar en periodos sucesivos.

La salesianidad de Don Marcelino —forjada en un ejercicio constante y acertado— era una componente radical de su personalidad. Por eso, cuando en cierta ocasión le pareció que debía cambiar la orientación de su vida, pidió —según confesión propia— que le mandasen, y no como superior, lejos, a otras tierras, que —son sus palabras— lo defendiesen de cualquier misión ajena al trabajo salesiano.

Pero una voz que su misma sensibilidad salesiana le movió a acoger con veneración

siste en un conjunto amplio y moderno con instalaciones deportivas y una playa para las familias.

A pesar de todas estas realizaciones, casi increíbles, y que reclamaron de su parte sumas enormes que la Providencia nunca dejó que le faltasen, don Marcelino pudo decir cuando se despidió de la diócesis en 1966: "Entré pobre y salgo pobre". Ya no le quedaba nada que legar para su testamento: lo había dado todo. Por eso, conmovida y agradecida, Valencia quiso poner su tumba junto a la de Santo Tomás de Villanueva, el arzobispo de los pobres.

Hombre de masas, con una mirada y un corazón universales, no limitó su actividad al ámbito de su iglesia, sino que llevó su ayuda dondequiera la Providencia le abrió las puertas para evangelizar.

Siempre abierto a las instancias que tienden a la construcción de una Iglesia viva y sensible a los problemas del mundo actual, tomó parte activa en los trabajos del Concilio Vaticano II, en cuyas sesiones fungió como Vicepresidente de la Comisión para los Seminarios y Universidades Católicas.

A nivel de su propia Conferencia Episcopal, fue presidente de la Comisión de Seminarios, de la de Enseñanza, de la de Confines Diocesanos y de la de Emigración. El general prestigio de que gozaba lo llevó también al desempeño de una actividad importante en un campo que para él no tenía nada de político, sino que constituía un servicio obligado a los intereses de su patria: con esta idea, consintió en formar parte durante un período de tiempo del Consejo de Regencia de la nación.

A pesar de tanta variedad de actividades, mantuvo siempre viva la conciencia de su consagración religiosa. He apuntado más arriba a su salesianidad, definiéndola como un componente esencial de la personalidad de don Marcelino. Una prueba evidente de esta salesianidad que él vivía con una simplicidad en nada inferior a lo absoluto de su convicción era el respeto —devoción, casi— empapado de afecto y confianza que demostró en toda ocasión hacia los superiores de la Congregación. Diría que, con ese sentido de fe y esa ternura de amor que caracterizan a las almas verdaderamente grandes, se sintió siempre hijo de la Congregación y, como consecuencia, él, el gran arzobispo, veía y sentía en cualquiera que la representase a un representante de aquel Padre a quien tan tiernamente ligada tenía su existencia; más aún, me atrevería a decir que veía al Padre en persona, a Don Bosco. Por lo demás, su última voluntad, expresada en el testamento, de que lo enterrasen en la tumba común de sus Hermanos indica con claridad cuán salesiano se sentía: es como el sello de su salesianidad.

Esta disponibilidad evangélica, pronta siempre a servir a los demás, lo encontró prontamente dispuesto a abandonar su plena actividad al notar que las fuerzas ya no respondían a una voluntad de servicio que seguía siendo tan indomable como siempre. Entonces se retiró, junto con los dos Hermanos que vivían con él, a un modesto apartamento que la Congregación puso a su disposición. Se sintió feliz cuando pudo volver a realizar la vida de comunidad salesiana y quiso organizar la suya como un cenáculo de oración y de espiritualidad. Las dimensiones de sencillez, recogimiento y oración que, entrelazándose en admirable armonía con la solemnidad hierática y con su actividad infatigable y creadora constituyeron durante sus años de servicio pastoral uno de los motivos —y no el menor, por cierto— de su atractivo personal, volvieron a ocupar un pri-

episcopal a través de la predicación y de las cartas pastorales, su promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas, su interés por los Institutos Seculares y por la Acción Católica, no menos que la creación de más de 180 parroquias nuevas.

Pero su apostolado tuvo también una destacadísima dimensión social, como encarnación de la caridad de Cristo: él fue un ejemplo notabilísimo del ideal de obispo que construye la paz y es el padre de los pobres. “Decidida y activísima fue su intervención durante la Cruzada española para prevenir represalias, salvar vidas inocentes, obtener reconciliaciones, lograr paz. Cuando se supo en Palacio que algunos exaltados iban a asaltar el Castillo de San Cristóbal para ejecutar a los marxistas que allí hubiera, don Marcelino se puso inmediatamente en contacto con las autoridades y no cejó hasta que la autoridad máxima de Pamplona le aseguró: “Antes tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres”... “¡Ni una gota más de sangre!” fue el grito solemne de profeta que lanzó entonces en una pastoral famosa.

“Millares y millares de refugiados de la zona roja recuerdan con lágrimas en los ojos con qué amorosa hospitalidad fueron acogidos por él. Centenares fueron los sacerdotes que huyendo del infierno rojo encontraron asilo bajo la protección del padre, y millares las personas que a él acudieron para ser avalados, rehabilitados, ayudados. Para los hijos de los que estaban en el frente, el obispo había montado un amplísimo comedor donde jamás les faltó sustento en tiempos de escasez.”

Valencia entera se conmovió ante la actividad desplegada por su arzobispo con ocasión de la riada del 1957. Su voz se alzó, cálida y cordial, para movilizar la caridad. Su entrega llegó a lo increíble. “De ocho mil damnificados, cinco mil recibieron alojamiento, medicinas, alimentación durante meses en Palacio, catedral, iglesias...” Don Marcelino llegó a poner a subasta el báculo y el anillo pastoral, pues ya no tenía nada más que dar.

Y no es que se tratase de un gesto extraordinario —aunque gesto como ése resulta inconcebible cuando falta una raíz bien profunda en el espíritu—: aquello fue la manifestación más aparatosa de una finísima sensibilidad de su misericordia evangélica hacia los pobres y los necesitados.

A este propósito, leemos en el número extraordinario que el “Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia” publicó con ocasión de su muerte: “Estos fueron sus desvelos: dar techo a quienes carecían de él, e impulsó la edificación de viviendas populares para que fuesen ocupadas por los que malvivían a la intemperie de frágiles chabolas; dar de comer al hambriento, y bajo su égida florecieron las instituciones de socorro social; avivar esperanzas en quienes no podían confiar en el futuro, y planeó obras de previsión cuando la previsión era todavía escasa e infrecuente; enseñar al que no sabe, y contribuyó a la creación de centros docentes; asistir a los enfermos, y fundó dispensarios y centros para la formación de personal auxiliar sanitario anticipándose en esto a las exigencias de los tiempos; cuidar de la unidad de la grey, y su trato fue el mismo para todos en una sociedad escindida por graves enfrentamientos”.

Entre sus iniciativas, nada más destacaremos el Banco de Nuestra Señora de los Desamparados, que tenía como fin recabar fondos para ayudar a los necesitados; el Patronato Casas, al que de forma directa o indirecta se debe la construcción de 3.904 viviendas; y Benimar, una obra entrañable para don Marcelino y del todo original que con-

y afecto le impuso emprender un camino que lo conduciría fuera de la Congregación, pero que le permitiría al mismo tiempo dar una interpretación y una realización amplias, originales y siempre cordialmente fieles a los ideales heredados de Don Bosco.

En 1933, la Santa Sede lo nombraba Visitador Apostólico de los dieciocho seminarios de las Provincias Eclesiásticas de Valencia, Granada y Sevilla que suponían una tercera parte del total de los seminarios españoles. Desempeñó tan “ardua” —la palabra es suya— misión con bondad, delicadeza y precisión. Satisfizo plenamente a la Santa Sede y le resultó muy útil para las otras responsabilidades que poco a poco se le irían confiando. Efectivamente, en 1935 fue elegido como Obispo de Pamplona y en 1946 se lo elevó a Arzobispo de Valencia.

Su sucesor en la sede valentina, Mons. José María García Lahiguera, evocando su figura, caracterizaba su personalidad de obispo y de pastor con tres rasgos: un amor encendido a la Eucaristía, una devoción fervorosa a la Virgen, un celo apasionado por las almas, que lo llevaba a dar y a darse con un amor —preferencial hasta la evidencia por los jóvenes y los pobres— de tal capacidad que hizo de él una imagen de Cristo que pasó distribuyendo el bien a manos llenas.

Alimentó su vida espiritual y la de su pueblo en las fuentes purísimas de la Eucaristía y de la devoción mariana. “Este sacerdote, enamorado de su sacerdocio, tenía que ser forzosamente el entusiasta de la Eucaristía”. Se conmovía en las misas solemnes como en las ordinarias. En las visitas al Santísimo Sacramento, se le veía recogido desbordándose en actos de adoración-reparación. Uno de nuestros Hermanos, testigo ocular de sus acciones de gracias después de la misa en los últimos años de su vida, dice de ellas: “eran largas: había que llamarlo una y otra vez; nunca acababa”. Buen índice de una línea constante de conducta.

“Hijo de San Juan Bosco, resumada por los poros de su alma y de su cuerpo el amor y devoción a la Virgen... María será siempre el norte de su vida misionera, sacerdotal, episcopal.” Hicieron historia las solemnes celebraciones que promovió en honor de María. Recorrió toda la diócesis como misionero de la Virgen Peregrina.

Estas pinceladas nos permiten comprender el fuego espiritual que animaba sus actividades pastorales cuya grandiosidad impresiona tanto al sociólogo como al observador profano, pero que quedarían desenfocadas si no las contemplásemos desde el punto de vista que presidió su nacimiento y su desarrollo: como verdadero hijo de Don Bosco, ponía su interés en las almas y así lo quiso expresar en su mismo escudo episcopal.

Un hecho entre mil que me parece por demás significativo. Cuando estalló la guerra civil, muchos sacerdotes de su diócesis querían estar junto a sus fieles en el frente. Don Marcelino les enviaba su bendición recomendándoles calurosamente que desplegasen todo su celo para defender y conservar la fe y las sanas costumbres de aquella juventud que se sacrificaba por la patria. Un sacerdote que se siente pastor conserva la jerarquía de los valores a la luz de Cristo, incluso entre el fragor de las armas.

La actividad de su ministerio pastoral se orientaba, en primer lugar, a la difusión y al crecimiento de la fe y de la vida cristiana de los fieles. La programaba con amplitud y seriedad de métodos y la llevaba a cabo con entusiasmo y decisión. Además de las solemnes celebraciones en honor de Jesús Sacramentado y de la Virgen María, merecen recordarse sus grandiosas misiones del 1949 y 1955, su celo catequístico, su magisterio

mer lugar indiscutible. Y esto dio una prueba más de credibilidad a las muchas empresas apostólicas que llevó a cabo durante su largo episcopado.

El de su vida fue un lenguaje transparente porque fue un testimonio constante de fe y de amor. Y su pueblo lo comprendió. Los funerales dijeron lo grande que era el círculo de aprecio, de veneración y de gratitud que don Marcelino había creado en torno a su figura de Pastor. Se celebraron en la Catedral. Presidió la concelebración el arzobispo, Monseñor José María García Lahiguera, a quien deseo expresar desde aquí toda la gratitud de la Congregación por las muchas y exquisitas atenciones que le prodigó con ocasión de la muerte de nuestro querido don Marcelino. En ellos tomaron parte el primado, el arzobispo de Pamplona, numerosos señores obispos, sacerdotes, autoridades y muchísima gente. La familia salesiana se encontraba presente en la persona de muchos de sus miembros, encabezados por el Consejero de la Región Ibérica, don Antonio Mérida, que ostentaba la representación expresa del Rector Mayor.

Queridos Hermanos: hoy lloramos cristianamente la pérdida de este gran hermano nuestro, pero lo hacemos dando a la par gracias a Dios por la estela luminosa y fecunda que, como auténtico hijo de Don Bosco, trazó su persona en la Iglesia a cuyo servicio se consagró con una entrega pareja a su inteligencia y a su fe profunda y dinámicamente coherente. La vida de este digno y amantísimo hijo de Don Bosco da un claro y brillante realce a las características de nuestra vocación: fervor de oración auténtica y ardor de obras emprendidas con brío y creatividad juveniles para llevar a Cristo a nuestros hermanos, de modo especial a los jóvenes y a la gente del pueblo. Hemos de mostrarnos agradecidos a la Providencia por habernos dado en este Hermano nuestro un ejemplo tan vivo, tan atrayente y tan a la medida de nuestros tiempos. Hago votos por que pronto podamos tener una biografía que dé a conocer el mensaje actualísimo de su vida. Don Marcelino es verdaderamente un difunto que sigue hablando, un difunto que debe seguir hablando.

Y que nuestra gratitud por el regalo que la Providencia nos ha hecho en su persona se convierta en imitación y en sufragio.

Tened a bien recordarme en vuestras oraciones.

Luis Ricceri